

LA TORTUGA NECIA

Por **Bobbie Montgomery**

SANTIAGO pensó que su madre estaba afuera, en el patio. De modo que cuando la oyó hablar en la puerta de la cocina, se sorprendió tanto, que dejó caer el cuchillo que tenía en la mano.

La manteca de maní que llevaba, fue a dar en la camisa y en el piso.

-¡Santiago! ¿Otra vez estás con la manteca de maní? ¿Acaso no almorzaste bien hace una hora? No es posible que tengas hambre. ¿Por qué estás comiendo manteca de maní ahora?

Santiago miró el cuchillo y la porción de manteca que habla caldo al piso.

-Porque me nada más -musitó.

-Estás comiendo entre horas cuando se te ha dicho que no lo hagas, y nada más que porque te gusta la manteca de maní. De aquí en adelante, en lugar de llamarte Martín, te llamaré tortuga necia.

-¿Y por qué vas a llamarme tortuga necia? -quiso saber Martín.

-Limpia donde ensuciaste y cámbiate la camisa; luego ven al porche de atrás y te explicaré por qué pensé en ese nombre -dijo la madre y salió de nuevo al porche.

Santiago se apresuró a guardar el frasco de manteca de maní, a lavar el cuchillo y a limpiar el piso. Cuando la cocina quedó en orden, fue a su cuarto a cambiarse la camisa. Unos minutos después se sentó junto a su madre en la hamaca que había en el porche.

-Dime, mamá, ¿por qué quieres llamarme tortuga necia?

-Tú sabes que la tortuga tiene un caparazón muy duro. Eso le sirve para protegerse. Cuando se le acerca un perro, o algún otro animal, la tortuga mete las patas y la cabeza en el caparazón. Entonces el animal no puede morderla. La tortuga adquiere la apariencia de una piedra.

"No obstante, a veces las tortugas son necias. Cuando llega la primavera a menudo encuentran lugares donde crecen fresas silvestres, que les gustan muchísimo, y que comen, ya sea que tengan hambre o no. Y comen tanto que luego les resulta imposible volver a poner todo su cuerpo dentro del caparazón. Entonces, si aparece algún enemigo, la tortuga no puede esconder sus patas y su cabeza dentro del caparazón y el enemigo puede atacarla fácilmente".

-¿Quieres decir que la tortuga come tanto que el caparazón le queda chico? -preguntó Santiago.

-Así es. Entonces, si la ataca un perro, por ejemplo, puede cortarle la cabeza de un mordiscón sólo porque comió en exceso.

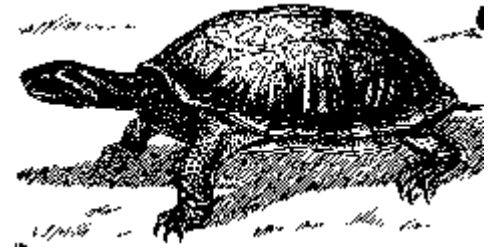
- ¡Oh! Pero yo no soy una tortuga necia. Yo no tengo un caparazón -se rió Santiago.

La mamá lo miró muy seria.

-No, tú no tienes un caparazón, pero tienes un enemigo que no quiere que estés listo cuando Jesús venga.

-¿Satanás? -preguntó Santiago.

-Exactamente. El no quiere que pienses en Jesús. Sabe que si comes demasiado, y si comes entre horas, no podrás concentrarte para comprender y aprender como debieras. Tu estómago tendrá que



trabajar sin detenerse, y se fatigará porque no le das descanso.

Eso ocurre cuando le pones continuamente alimento para que lo digiera. La vitalidad que tendría que ir al cerebro, la emplea el estómago para atender el alimento que le pones a cada momento. Entonces el cerebro se cansa. Te sientes alunado y te vuelves díscolo. Eso alegra a Satanás porque para él es más fácil tentarte a impacientarte y a pecar. Le resulta fácil hacerlo porque no tienes ninguna protección.

Los ojos de Santiago se encontraron con los de su mamá.

-No le facilitaré la tarea a Satanás comiendo entre horas. Nunca más procederé como una tortuga necia.